

FUNCIONES Y OBJETIVOS DE LA IZQUIERDA ITALIANA FRENTE A LA REVOLUCION DEMOCRATICA EN LA UNION SOVIETICA

Achille Occhetto

Nos hallamos de frente y tenemos que encararnos con un cambio de escenario de alcance incalculable.

Lo que ha ocurrido y está ocurriendo aún en la Unión Soviética, tras el fracaso del golpe de Estado conservador, no es sólo la caída de un régimen opresivo, la descomposición de un viejo orden al que le fallan, bajo los embates de una sociedad civil en revuelta, los pilares de sustentación, comenzando por las estructuras del poder estatal y político.

Esa gigantesca sublevación es también el epílogo de una historia en torno a la cual —quíerase o no— ha girado toda la vida política, cultural, civil y moral de este siglo.

¿Cómo no partir de aquí, es decir, de la conciencia de que semejante cadena de acontecimientos sacude al mundo entero en sus ordenamientos, en sus equilibrios, en sus expectativas y, al mismo tiempo, afecta a la conciencia y las pasiones de cada uno de nosotros?

Todo esto es un reto a la izquierda en primer lugar, pero no sólo a ella, a salir de una historia vieja, a disolver fantasmas de restauración, a repensar los términos de un nuevo orden mundial y europeo, de justicia, de solidaridad, al Este y al Oeste, al Sur y al Norte del mundo.

Por esto es por lo que hemos exhortado a todos a la responsabilidad y a la seriedad indispensables para enfrentar los problemas que plantea semejante pasaje histórico.

En la Unión Soviética, hemos dicho, se halla en marcha una revolución de signo democrático que ha llevado ya a un cambio de la clase dirigente, al cambio de estructuras y sistemas de la dirección global del país, al fin del PCUS, es decir, del partido-Estado.

Ha comenzado el proceso de formación de otros partidos. Hay un pluralismo de fuerzas y agrupaciones. La sociedad civil ha recuperado la palabra. Madura la superación de la antigua y petrificada relación entre gobernantes y gobernados.

Asistimos, en suma, al fin de lo que ha sido llamado el socialismo real, del movimiento comunista que surgió con la Revolución de Octubre y que tuvo su epicentro en la experiencia soviética.

Es una realidad de la que hay que tomar nota sin escapatorias, si se quiere en verdad relanzar a la izquierda y no encadenarla a un destino escasamente deseable de ocasiones perdidas.

No es una casualidad que se haya hablado siempre del fin del movimiento comunista históricamente definido, del que se interesan millones de mujeres y de hombres que viven en este planeta y que han experimentado concretamente y padecido sus formas de dominio. Sin quitar por ello a nadie la libertad de afrontar el lema de la relación entre una realidad histórica incontrovertible y las idealidades de lo que se había presentado como un proyecto planetario de emancipación del hombre.

La plena libertad y responsabilidad personal de la búsqueda cultural, de la exploración intelectual, hasta la más audaz, es para nosotros una conquista indiscutible. Y estamos, asimismo, convencidos de la fecundidad, de la productividad de una confrontación, de un intercambio entre inspiraciones y orientaciones distintas.

No es ciertamente la misión de este artículo, ni la de un individuo solo, llevar hoy a una sistematización teórica un tema —el de las perspectivas concretas de la liberación humana— que ha empuñado pasiones, inteligencias, culturas de este siglo y que ahonda sus raíces en ese altísimo recurso humano que es la utopía en una recurrente y contrastada relación con la historia.

Hoy no está en discusión la utopía, ni lo están esos valores de solidaridad y de igualdad que han sostenido la acción y el sacrificio de millones de mujeres y de hombres, comunistas y socialistas, en el mundo.

Está en discusión el balance de una experiencia histórica que se concluye bajo el signo del hundimiento de esa utopía y de esos valores.

Al mismo tiempo fracasa, entre las convulsiones últimas, una visión específica y muy concreta del partido, del Estado, del poder. Y la doctrina política en que tiene su fundamento.

A esa organización concreta del dominio se ha dado, en gran parte del mundo, el nombre de comunismo.

De lo que hay que tomar nota —y no es la primera vez que lo hacemos— es que el proceso de liberación humana que parecía encaminado con Octubre no sólo ha agotado, como dijimos, su impulso propulsivo, sino que en su curso ha sufrido alteraciones irreversibles, una verdadera y auténtica atrofia de la instancia democrática.

La conclusión de su camino histórico coincide ahora con la verificación indiscutible de que ese proceso se había transformado en su contrario: es decir, en una forma ulterior y anormal de dominio del hombre sobre el hombre. Lo que hace comprender las razones del hundimiento repentino del viejo armazón autoritario y centralista y, al mismo tiempo, el carácter intenso y radical de los fenómenos de disgregación que han afectado a la propia Unión Soviética como entidad unitaria.

El marxismo-leninismo (algo muy diferente de la constelación de culturas que, en formas cada vez más complejas y abigarradas, han hecho referencia a Marx, ¿pero hay necesidad de recordarlo?) se había convertido en una ideología en base a la cual se pretendía legitimar una nueva casta en el poder.

Habíamos denunciado desde hace años todo esto. Y nos habíamos diferenciado decisivamente. Aunque sea sobre la base de análisis no sólo aproximados por defecto, sino incluso viciados por una noción continuista del carácter autosuficiente y de la posibilidad de reforma de ese sistema.

El salto político y cultural llevado a cabo con el viraje nos ha proporcionado un punto de observación más avanzado y penetrante.

Dejadme que diga, pues, con extrema franqueza, que, precisamente por estas razones, no habríamos sido coherentes con nosotros mismos, con nuestro propósito de ser Partido Democrático de la Izquierda (PDS), instrumento y vehículo de una refundación de las estrategias de reforma, si no hubiésemos saludado como una liberación el fin del partido-Estado, esto es, de un régimen incompatible con la democracia.

Realizan una lectura superficial u hostil del *viraje* los que se han dejado coger por sorpresa por nuestra posición, por su sentido y su oportunidad. En los días y las horas que han sido testigos de la sublevación y luego el colapso de la tentativa golpista de restauración, hemos tenido la prueba de cómo la existencia de un Partido Democrático y de izquierda era no el producto de un hallazgo de élite, el artificio de un grupo dirigente (quizá aventurero, como alguien a dicho), sino una respuesta necesaria y útil a la crisis del marco mundial en el que la izquierda ha ido construyendo hasta ahora su estrategia de oposición y de reforma.

Ha sido éste, me parece, el primer y auténtico banco de pruebas internacional del Partido Democrático de la Izquierda: la comprobación de cuán fundada ha sido una opción estratégica que afecta a la izquierda, a su perspectiva, a sus funciones, la opción de una propuesta de cultura, de una visión autónoma de los retos cruciales de nuestro tiempo, de una interpretación original del sistema-mundo y de la red de las interdependencias.

Es interés vital de todas las fuerzas más avanzadas y responsables de Occidente contribuir a la afirmación plena del principio democrático en el proceso de redefinición en curso en la Unión Soviética, de su constitución formal y de la material.

Nos hallamos más allá de los viejos dualismos, más allá de los antiguos dogmatismos de campo, pero también más allá de los antagonismos de sistemas que han engendrado y sustentado el orden bipolar y la complicidad objetiva de las políticas imperiales y de fuerza en la gestión de los sistemas de relación internacional.

Hemos rechazado la lógica del muro, de los dos mundos contrapuestos e incomunicados.

Por esto, no habríamos podido aceptar de ningún modo, cuando ha estallado el golpe, la lógica del hecho consumado.

La democracia en la Unión Soviética no es un asunto interno de la Unión Soviética. Es una cuestión, para nosotros y para Occidente, no menos vital. No nos persuadía el enfoque, aflorado en algunos, de que una Europa avanzada pudiese, de cualquier manera, preferir a las inestabilidades propias de un proceso democrático incipiente, la estabilidad plomiza de un orden sin democracia que, por lo demás, se ha demostrado impracticable.

Aunque nos preocupaba y nos preocupa la aceleración de fenómenos de disgregación de la Unión Soviética y el entrelazamiento de gravísimas dificultades económicas y sociales con profundas tensiones étnicas, una mezcla explosiva que podía determinar desenlaces incontrolables, mucho más allá de las legítimas aspiraciones de afirmar autonomía e identidad nacional en un nuevo orden federal, con la consolidación de orientaciones nacionalistas, populistas, hasta neo-autoritarias.

La interdependencia hacía que fuese completamente una ilusión la idea de que Occidente pudiese egoístamente quedarse al margen. Semejante visión planetaria vuelve a proponer a la izquierda un papel y un dinamismo que la guerra fría y la congelación de una estructura bipolar de las relaciones internacionales habían comprimido en las dos partes del mundo.

Hemos hecho todo lo que nos era posible para afirmar, en primer lugar en nuestro país y en Europa, por lo demás en sintonía con otros sectores de la izquierda europea, esta nueva consciencia.

Lo que ha ocurrido sucesivamente ha confirmado que la tentativa golpista era intrínsecamente frágil y condenada al fracaso, que el carácter irreformable del PCUS actual era palpable y no sólo lo condenaba al declive de la función histórica que todos habíamos constatado, sino que lo sometía a una sanción de disolución al mismo tiempo jurídica y política.

Los golpistas restauradores no habían comprendido el punto fundamental, es decir, que Gorbachov, aunque entre muchos y quizá inevitables compromisos, había introducido desde arriba en la sociedad soviética los anticuerpos necesarios para truncar la tentativa autoritaria.

Y que precisamente estos elementos han dado consistencia y vigor a la verdadera y auténtica revolución democrática que ha plegado rápidamente las veleidades golpistas. En suma, la Unión Soviética de la *perestroika* era ya un país profunda-

mente distinto del pasado, con una consistente reserva de recursos democráticos.

Quien ha vivido o predicado la historia de este siglo como encarnación, a veces trágica, a veces triunfal, de una utopía emancipadora, puede hoy caer presa del desengaño y releer la historia de este siglo como un paréntesis infausto. Pues bien, no es así.

Todo el mundo, el mismo Occidente, las culturas, las ideologías, las cruzadas y las esperanzas se han organizado en torno a ese acontecimiento y en función suya.

Lo que ha ocurrido en la Unión Soviética ha valorizado ante los indecisos el sentido del *viraje*. Se ha concluido un ciclo histórico y político. La izquierda puede ser relanzada, libre de los viejos embarazos.

Esto nos da nueva fuerza.

Pero seríamos miopes si no viésemos que sigue existiendo un problema de orientación y de reorientación de capas profundas de opinión y del pueblo con el fin de dar renovada confianza en los ideales del cambio.

Y sentimos que nos debemos colocar desde el punto de vista general y unitario de la izquierda.

Hay el peligro de una depresión, de un vaciamiento de los valores que expresan la inspiración socialista en el Este como en el Oeste. Nuestro deber de hombres y de mujeres de la izquierda no consiste en cultivar nuestras coherencias, en dar seguridades a nosotros mismos.

Nosotros tenemos un deber, una deuda que pagar, en primer lugar, para con los trabajadores, para con todos aquellos que no aceptan que las tragedias del Este se transformen en la victoria de un nuevo equilibrio conservador.

Toda la izquierda tiene ante sí este problema inmediato y dramático. Debemos dejar a un lado viejas polémicas y buscar la unidad de la izquierda para resolver este problema.

Para que la ruina del movimiento comunista y del socialismo real no dé lugar, en fin, a la derrota del reformismo.

Nosotros hemos surgido para transformar en acción política democrática ideas, valores, instancias de justicia, de libertad, de solidaridad, de igualdad, que han sido llevadas a la derrota por el colectivismo autoritario.

Pero para llevar a cabo esta reconversión y volver a dar impulso y vigor a la izquierda es menester tener conciencia del hecho de que, en estos días, no han acabado solamente una experiencia política y una ideología que han marcado el siglo.

Ha cambiado el mundo, se anuncia una gran reestructuración en el sistema de los poderes y de

las relaciones económicas, políticas, militares, sociales y culturales, que configuran el concreto equilibrio de la realidad mundial.

¿Podemos pensar que nuestro modo de leer tales cambios y de actuar sobre ellos siga siendo el de un tiempo ya concluido?

Se nos pregunta, y justamente, a dónde van los pueblos (y no sólo el Este), cómo cambian las relaciones entre gobernantes y gobernados no sólo en esas áreas del mundo, sino más en general.

En este sentido, asistimos en verdad a una revolución, en el curso de la cual las incógnitas son más numerosas que las certezas.

Asistimos a algo que modifica los desarrollos concretos de la historia humana. No queremos y no podemos permanecer al margen de esta comoción, padecer todo lo más su rumbo. Nos proponemos ser protagonistas de un nuevo desenvolvimiento de la historia del mundo. Sabemos bien que todo y todos son puestos en discusión y que nada seguirá siendo como antes.

La fuerza de Occidente ha sido esa exuberante y excepcional capacidad de hacerse contaminar.

El Este ha sido derrotado precisamente porque su ideología cerrada —no ya instrumento de conocimiento, sino instrumento de mando— se había negado a la contaminación, a la revisión, a la crítica, a la creatividad.

El marxismo, sofocado, traicionado, desfigurado en el Este, ha sido revitalizado y, en parte, utilizado no como verdad absoluta, como ley de la historia, sino como instrumento laico de cultura y de interpretación en el contexto mismo de la dinámica capitalista (piénsese en el keynesianismo y en el sistema de conexiones entre Estado y economía que está siendo elaborado en las sociedades complejas de Occidente).

La misma cultura moderna es impensable sin ese conjunto diferenciado y plural de culturas que se remiten a Marx y que han actuado como instrumentos de lectura del mundo que nos circunda: instrumentos, precisamente, marcados por límites históricos y teóricos, no código omnipotente de interpretación y apropiación de la realidad. También aquí razonemos laicamente.

Sólo así estamos en condiciones de recuperar las razones profundas del nexo entre izquierda y cambio, de resituarnos en los problemas de nuestros días, en los nuevos conflictos, de abrir nuevos horizontes, de delinear las tareas inéditas, extraordinarias, exaltantes, que tocan a una nueva izquierda post-comunista como (no por casualidad o por astucia, ¿está claro ahora?) nosotros hemos querido ser.

Al propio tiempo no podemos olvidar la Revolución de Octubre, omitiendo los grandes problemas de los que nació, las razones de su degeneración y su agotamiento.

Nosotros, en cambio, hemos querido y seguimos queriendo hacer las cuentas reales con la historia. Y también con la nuestra.

No hemos tratado de ponernos al amparo ni nos hemos limitado a contemplar la indudable verdad de que los comunistas italianos han sido distintos del PCUS.

Por esto, hoy más que nunca, reivindicamos el armazón originario del *viraje* como resituación hacia adelante no sólo de lo que hemos sido, sino de la izquierda en el mundo, frente a los problemas de una época nueva.

En 1956 el PCI, prisionero aún de una lógica de acción, de una visión del socialismo como sistema (y sistema de Estados) en lucha contra otro sistema, por el peso que aún ejercía una ideología que escindía la emancipación social de la libertad y de la democracia política, tomó una opción errónea.

Pero es históricamente verdad, en la experiencia de los italianos, que el PCI y los hombres que lo han dirigido han demostrado ser capaces de no quedarse inmóviles ante aquella opción errónea y de proceder (desde la invasión de Checoslovaquia a la afirmación del valor universal de la democracia, a las posiciones de Berlinguer de 1981) en una dirección distinta tanto en el terreno de las opciones políticas como en el de la renovación de la cultura y de la teoría política.

En este contexto, no olvidamos la originalidad de los comunistas italianos que tuvo sólido fundamento en el pensamiento y en la obra de Antonio Gramsci y que, sobre tales bases, se rompió, aunque sólo en parte, con muchos viejos esquemas y se emprendió una búsqueda nueva.

La historia de los comunistas italianos no es una historia de infamias o de tiranía. Es historia de un núcleo decisivo, no exclusivo, ciertamente, de constructores de la democracia italiana. Quien sigue remitiéndose al pasado del PCI, encadenándolo al dilema *tábula rasa* o continuismo, yerra el análisis del pasado y bloquea toda hipótesis de relanzamiento de la izquierda para el futuro.

Menos que nunca son, no digo aceptables sino comprensibles y seguramente no son productivos, incapaces de comunicar con millones de mujeres y hombres, juicios y reconstrucciones basados en el desprecio. Tanto menos lo son cuando tenemos a nuestras espaldas un acto como la creación del Partido Democrático de la Izquierda, nacido de la

convicción de que la verdadera originalidad del PCI no podía bastar ya.

Se debe considerar al PCI y la democracia y no sólo al PCI y el comunismo: porque la verdad es que millones de mujeres y de hombres han hecho en Italia, a través de la experiencia comunista, práctica masiva de la democracia.

Y no es capciosa la afirmación de que una historia del PCI como historia de la democracia italiana entra en colisión con el comunismo soviético.

Como no olvidamos que esta historia paralela, hasta en los momentos más altos (pensamos en Berlinguer, en lo que fue polémicamente llamado el «desenganche» por los actuales «refundadores» del comunismo), no ha tenido nunca la fuerza de una crítica orgánica y sistemática de los regímenes del Este.

Queda la gran reserva democrática que ha sido el PCI: como estímulo democrático hacia el Este y dentro del Occidente, dentro del espíritu público nacional.

Por esto no hemos querido y no queremos que se disperse la insustituible energía de tantos hombres y mujeres que han dado vida y alma a esta reserva.

Y por esto nosotros hemos vivido la misma prueba, el mismo drama de millones de mujeres y de hombres que han encarnado la esperanza de la democracia italiana (en el PCI), hemos formulado propuestas y llevado a cabo opciones para permitirles que continúen con la frente alta para luchar, para pensar, para querer.

Cínicos son aquellos que superponen a la historia de los trabajadores y de su emancipación la historia no sólo de partido, sino de una burocracia política. O peor, de una parte de sus grupos dirigentes. Y juzgan tal historia exclusivamente con el metro de medida de supuestas coherencias individuales. Sobre este terreno quedan sólo escombros.

Nuestra relación con la historia del PCI es muy otra. Es un hecho de pasión y de inteligencia.

Y, llegado a este punto, ¿qué sentido habría tenido limitarnos a decir que los comunistas italianos han sido y son completamente distintos del PCUS? Justo, ¿pero qué función habríamos podido o podríamos desempeñar si nos hubiésemos limitado a custodiar un pasado sin futuro político, dado que cambia todo el marco histórico, todo el paradigma de las fuerzas en acción, mientras que es cada vez más evidente la nueva dimensión nacional e internacional de los conflictos y las contradicciones?

Y está cada vez más claro que para afrontarlos no sirven ya las viejas categorías de la cultura co-

munista, y las viejas categorías de la propia izquierda italiana deben ser profundamente revisadas. Hace mofa de la necesidad de «ir más allá» sólo el dogmático, sólo quien no se renueva ante, no digo la evolución, sino ante verdaderos y auténticos *virajes* históricos. Y se puede ser también dogmáticos socialistas, dogmáticos democristianos, dogmáticos liberales.

Hay sólo una manera para salir de estos dilemas: redefinir la función histórico-política de la izquierda para darle un nuevo impulso y un horizonte estratégico más vasto: esta es la ambición y el propósito del PDS.

El problema de la necesaria postura ideal y cultural (un partido como el nuestro no puede prescindir de valores) no se resuelve cultivando una idea abstracta de socialismo. Esto depende más bien de la fuerza de un proyecto político capaz de enfrentarse con las novedades de los problemas históricos, por ser éste el único modo para reorganizar un conglomerado de fuerzas democráticas y progresistas y un sistema de alianzas. Esto, por lo demás, es la única crítica real a las efectivas relaciones sociales y políticas que se quieren modificar. Y aquí radica la necesidad de ir más allá de los confines, incluso de la tradición comunista italiana.

Porque es verdad que su ser histórico ha sido algo distinto del PCUS y cabe rechazar firmemente su reducción al comunismo moscovita y a sus errores y delitos. Pero es exactamente la postura histórica del PCI la que resultaba ya (y desde hace tiempo) inadecuada para las nuevas tareas de la izquierda.

Quizá no ha resultado siempre clara, y no está aún bien presente en todos nosotros, la necesidad nacional del *viraje*. Es decir, la peculiaridad de la sociedad post-industrial italiana: la nueva y estrechísima relación entre política y economía, entre modo de ser del Estado —y, por tanto, de un régimen político sin alternativas convertido en Estado y con los efectos que sabemos— y modo de ser del mercado y, por tanto, del capitalismo italiano. Pero, también, de una sociedad cada vez menos legible con viejos anteojos economicistas y clasistas, todo ello dentro de un proceso de internacionalización y de transformación y dislocación de los poderes.

Surge, pues, como cuestión central la de la unidad de la izquierda, y no confía en la victoria y la humillación de uno o de otro, sino en la renovación, la confrontación, la reflexión comunes.

El primer banco de pruebas de la izquierda y de su unidad estriba en la capacidad de repensar

el mundo en función de la solución de los problemas del Este y del Sur.

Es menester individualizar el terreno en el que se haga operativo el sostén a los procesos de democratización mundial, que caracterizarán el fin del milenio.

Es un terreno en el que se define la capacidad de la izquierda de repensar los modelos de desarrollo de Occidente en función de la interdependencia, del mundo único.

La política de las ayudas esporádicas, de las limosnas, es completamente insuficiente, sobre todo si se rehuye el gran problema de un cambio cualitativo del modelo de desarrollo en Occidente.

Quizá, por primera vez, puede entrar en acción el verdadero internacionalismo. No ya mundos contrapuestos, sino la interdependencia, el sentido, la responsabilidad, la conciencia de un destino común.

Si Occidente no se plantea, a este nivel de conciencia, el problema del Este y del Sur del mundo, se verá arrollado por la disgregación general, las migraciones bíblicas, el contagio de la pulverización y el particularismo. El riesgo es el de la descomposición de un vasto cuerpo político.

La izquierda debe dar hoy por descontado una serie de reacciones locales ante la crisis de una vieja armadura del mundo, del gobierno de los bloques, del carácter inadecuado del propio Estado-nación. Las reacciones locales deben poder hallar, empero, una libre, nueva y consciente unidad, un sistema de reglas y relaciones que oriente su impulso positivo a la autonomía y permita superar tensiones y conflictos catastróficos como los yugoslavos. Europa podría faltar a la propia misión histórica, precisamente mientras se le abren perspectivas inéditas merced a la caída del muro de Berlín.

Esta nueva unidad consciente —véase, por ejemplo, la unión libre entre Estados soberanos en lugar de la Unión Soviética para la realización de la cual ha sobresalido con fuerza y éxito la función tenaz de Gorbachov— tiene necesidad de un proyecto de desarrollo, no se resuelve ciertamente con charlatanerías sobre la transición de un sistema a otro.

Pero gobernar el desarrollo significa redefinir sus finalidades, la cualidad, la visión de las relaciones entre los hombres y entre éstos y la naturaleza; es decir, quiere decir rediseñar los criterios que distinguen a la nueva izquierda de la derecha, que distingue el cambio de la conservación.

También la izquierda italiana debe hallar la fuerza, la agudeza, de recomenzar de aquí.

Debe hallar el calor que la empuje a la fusión en el fuego del proyecto alternativo, de la acción en pro del cambio, de la lucha contra todo un sistema de poder.

¿Queremos continuar con las viejas querellas, volviéndonos ridículos y patéticos, o bien queremos recomenzar de aquí?

Todo esto, pues, plantea a nosotros y a todas las fuerzas democráticas de izquierda la exigencia de llevar a cabo una reflexión teórica y política a la altura de los grandes cambios que marcan la transición al tercer milenio.

Este es el papel histórico que nos parece a nosotros que debería asumir la Internacional Socialista, convirtiéndose, cada vez más, en el punto de encuentro, a escala mundial, de todas las fuerzas que combaten por objetivos de paz, de liberación humana, justicia y solidaridad, haciendo converger las muchas culturas y experiencias de la izquierda con los principios y valores del socialismo democrático.

En este contexto es en el que nosotros hemos formulado la petición de adhesión del PDS a la Internacional Socialista y es por tales objetivos que hemos intensificado las relaciones con los principales partidos socialistas, socialdemócratas y laboristas europeos.

Para hacer ¿qué?

Para afrontar de un modo nuevo el problema de los recursos. Los imperativos de la cooperación de economías avanzadas y dinámicas en el Este son tales que requieren la revisión profunda del empleo de los recursos disponibles en la parte más rica del mundo y, al mismo tiempo, un empeño inédito y solidario de proyecto, contra toda tentación aislacionista.

El uso de los recursos será el problema dramático con el que deberá hacer las cuentas nuestro planeta, o el propio Occidente será colocado frente a pruebas terribles.

Para substraerse a ellas puede surgir la tentación de emprender el camino del enrocamiento, del aislacionismo de la parte más rica y desarrollada de Occidente: una reacción de conservación y de defensa, en nombre del privilegio y del egoísmo, que rechaza la interdependencia y el consiguiente cambio.

Una elección de ese género no podría evitar el recurrir a la fuerza, el actuar en el sentido de una militarización de las relaciones internacionales, de las relaciones entre pueblos y Estados y entre las grandes áreas del mundo.

La paz, el desarme, el rechazo de la fuerza y de la violencia en las controversias internacionales y en los conflictos entre pueblos y nacionalida-

des; una nueva y más consciente y rigurosa asunción de responsabilidades para supervisar y cancelar el comercio de armas resultan así, en las condiciones nuevas, objetivos aún más vitales para la acción de la izquierda, objetivos que se enriquecen con ulteriores motivaciones y completamente con las grandes opciones de desarrollo, de equidad, de democracia.

En estos terrenos es en los que se distinguirán, de ahora en adelante, los progresistas de los conservadores.

Los recursos para operaciones excepcionales no están, en general, disponibles en el mercado, pero pueden activarse en función del resultado de la propia reconstrucción que cabe realizar.

El mercado no está en condiciones, por sí solo, de anticipar los resultados positivos de una política de concreta solidaridad económica. Para resolver este problema se necesita un gigantesco esfuerzo común orientado, entre otras cosas, a activar las enormes potencialidades no explotadas de las economías del Este (pero también las del propio Sur). Es posible, en fin, reconstruir el pasaje desde un régimen de escasez inducido por el viejo desarrollo a una disponibilidad nueva de los recursos necesarios.

He dicho: un gigantesco esfuerzo común, del que las fuerzas progresistas deben ser el factor abanderado.

Frente al estallido de ideologías nacionalistas tenemos el deber de hacer de esta visión mundial un punto central del renacimiento de la izquierda europea.

La izquierda democrática debe tomar sobre sí un problema planetario, debe actuar para movilizar las reservas inutilizadas y acrecentar la complementariedad entre países ricos, países en vías de desarrollo y países del Este.

Sólo una visión conservadora se contenta con dejar actuar al mercado. Esta visión es la que puede abrir el camino a nacionalismos exacerbados. Y por ello debe ser contrarrestada y derrotada. Una operación bien calibrada y organizada puede determinar un ulterior desarrollo de los mismos países capitalistas más avanzados, o al menos puede impedir que se restrinjan nuestras bases productivas. El problema consiste en que falta aún la cultura, política y económica, para que semejante operación sea considerada creíble: en efecto, debe ser programada (palabra en desuso), debe basarse en acuerdos e instituciones multilaterales (no legitimadas aún), debe contentarse con un resultado no obvio (porque no es visible inmediatamente en el mercado); lejos de ser lógicamente dependiente, es constitutiva del mercado.

Una importancia esencial deben asumir, en la política de la izquierda, los procesos y las instituciones de integración supranacional, su carácter democrático, su propia reforma en vista de un nuevo gobierno mundial.

Para nosotros, ante todo, la Comunidad Europea, para la cual, además del respeto de las etapas y los compromisos de 1992, se deben fijar ulteriores y rápidas etapas de integración política.

Y junto a la Comunidad, la valorización y el potenciamiento de todas las instancias supranacionales e internacionales, en particular la CSCE, en el marco de una reforma y reorganización de la ONU. El modelo conservador ha perdido lustro y capacidad de dominar el cambio. Precisamente por esto se reabre, para la izquierda, una ocasión histórica, no sólo en Italia, no sólo en Europa, no sólo en Occidente.

La izquierda italiana —todos los partidos de la izquierda italiana— está provista de ideólogos dispuestos a arrastrar a sus facciones hasta los umbrales del próximo milenio.

Una izquierda dividida por antiguos prejuicios no es creíble como fuerza de gobierno y, mucho menos, como protagonista de una alternativa que encare el objetivo de una refundación democrática de nuestro Estado, de la construcción de un nuevo orden europeo y mundial.

Ha sido con esta consciencia con la que, frente al golpe de Estado conservador en la Unión Soviética, pedí una toma de posición común a Craxi. Somos bien conscientes del valor, de la potencialidad estratégica de ese acto, que también Craxi, por lo demás, ha demostrado comprender y apreciar. Es lícito preguntarse: ¿si semejante iniciativa hubiese sido tomada, por ejemplo, a raíz de la invasión de Checoslovaquia, no habría quizá cambiado la historia de la izquierda? ¿Los valores en que nos inspiramos no son quizá los mismos? Y si es así, las potencialidades de la izquierda son muy otras de las que expresan los eslóganes del mercado político. Unidad socialista, unidad de las fuerzas reformistas, alianza reformadora: ¿quién puede tener ganas de encerrarse en una fórmula? El problema es si queremos comenzar a caminar en la dirección justa: no todo o nada. Si queremos dar los primeros pasos de un recorrido común. Sabiendo bien que el dilema de mantenerse firmes o hallarse todos y en seguida en el mismo partido se vuelve una coartada para abandonar la perspectiva unitaria.

No sólo. Nosotros hemos puesto en acción una opción estratégica para la alternativa que implica la superación de los contrastes para las izquierdas y la puesta en marcha de un proceso de recompo-

sición. Juzgamos que esta opción es irrenunciable si se quiere, en verdad, derrotar a ese frente de fuerzas conservadoras que, en el terreno político, se aglutinan y prevalecen en la Democracia Cristiana. Comparto la contrariedad por los retrasos, la petición de acelerar los procesos unitarios, las exhortaciones a la izquierda italiana a ser más tempestiva, a poner sobre el tapete de la política de nuestro país un recurso nuevo, el de la unidad de las fuerzas de izquierda.

Ser más tempestivos quiere decir también partir con el pie justo, no anteponer las frases, las salidas espectaculares y, al mismo tiempo, frágiles a procesos efectivos de clarificación programática.

Sobre todo quiere decir experimentar esos procesos en el fuego de la acción, del empeño común.

Naturalmente, sabemos bien que unidad y renovación de la izquierda son condiciones de una reforma de la política, de la relación política-sociedad, política-ciudadanos, partido-instituciones-Estado. Y, precisamente por esto, hemos declarado concluida no sólo la política, sino también la táctica, o sólo la tentación, de los dos hornos, es decir, de la competencia entre los dos partidos de la izquierda encarada no a la alternativa, sino a la colaboración privilegiada con la Democracia Cristiana.

Y, por tanto, una vez aclarada la intención es justo ir a ver sobre la base de la verificación programática.

Se ha dicho: semejante verificación debe hacerse no sólo sobre las cuestiones internacionales. Muy bien. Estamos prestos. No faltan las señales positivas como la de la toma de posición conjunta PDS-PSI sobre el problema capital de la financiación y de la reforma del servicio sanitario nacional.

Nosotros estamos prestos, decía, a emprender un proceso positivo, a experimentar acuerdos sobre problemas aislados, a empeñarnos con claridad para abrir una página nueva en la izquierda italiana, para favorecer las posibilidades de ocasiones de encuentro, de confrontación y de convergencias en torno a finalidades, programas, partiendo de las más relevantes cuestiones sociales.

Esta convergencia debe buscarse con tenacidad. La divergencia de posiciones entre nosotros y el PSI, el PSDI, las distintas fuerzas de la izquierda de oposición, entre los mismos verdes y los ambientalistas, es hoy completamente política, no afecta a los problemas de principio, los valores de la libertad y de la democracia, afecta esencialmente a las perspectivas nacionales y al modo de situarse de la izquierda.

En esencia, se trata si y cómo asumir la opción de la perspectiva de la alternativa. Nosotros esta-

mos convencidos de que tal opción es necesaria para permitir que Italia salga del régimen actual. Es una exigencia del país, del gobierno de este país, que consideramos que no puede ser más expresada sobre la base del viejo eje DC-PSI.

Al mismo tiempo, sólo el empeño político y programático común por la alternativa puede facilitar la recomposición de todas las fuerzas que se inspiran en los ideales democráticos, de izquierda y socialistas.

Por esto —lo repito— creemos que inmediatamente sea posible y necesario no sólo un clima nuevo y positivo, sino que se necesita un método productivo y constructivo de confrontación entre PDS y PSI en la izquierda.

Nosotros proponemos al PSI —he dicho— que acabe la temporada de todo o nada, que se inicie una fase nueva caracterizada por la disponibilidad recíproca declarada a la confrontación, a la verificación de las respectivas posiciones, incluyendo las de más alto empeño ideal y estratégico, las referidas a las motivaciones y a la moralidad de la acción política. Una fase nueva tendente a buscar, de manera limpia y motivada, convergencias programáticas que se deban colocar como base también de iniciativas comunes específicas.

Y al hacer esta propuesta quiero añadir también que nosotros no queremos enseñar a hacer política a los socialistas, pues nos alienta un sentimiento más laico y pluralista: el de la fecunda contaminación de las ideas, de la posibilidad para todos de enseñar y de aprender. Por esto combatiremos, en nuestro interior, formas de orgullo de partido que vienen de lejos y que deben ser abandonadas.

Precisamente por esto, consideramos también nosotros que es preciso empeñarse para crear todos los elementos que son necesarios para hacer que crezca una nueva gran fuerza de la izquierda que ponga un freno a la fragmentación de las fuerzas de inspiración progresista. Tal perspectiva se construye dentro del respeto de la actual articulación de la izquierda y en lo vivo de una fuerte lucha contra el actual sistema de poder regentado por la DC.

Y, en cambio, pedimos sólo el respeto y el conocimiento de nuestras posiciones reales. Pedimos una discusión franca y una iniciativa productiva.

El análisis que hemos llevado a cabo es serio e implacable. No hemos ocultado y no ocultamos a nadie, en primer lugar a nosotros mismos, que implica un viraje radical respecto a la vieja historia. Pero abrirá de par en par horizontes y perspectivas nuevas a la izquierda en nuestro país y en el mundo entero.